

“ZURCIDOS INVISIBLES” ⁽¹⁾

Dentro de una misma avenida, si por tal, puede entenderse la prolongación de Menéndez Pelayo a través de Príncipe de Vergara, pero casi a tres kilómetros de distancia, entre ambos, he visto, por dos veces, como reclamo publicitario, la mención del propio título : Zurcidos invisibles. Y en ambas ocasiones emplazada de idéntica forma : un rústico tablón de madera, tipo cedro, en el suelo, sujeto por una cadena de acero a la base de una farola del alumbrado público. Junto a la repetida mención tan sólo un número de teléfono. Ingeniosa manera de anunciarse sin desembolso y sin posibilidad de percepción al acecho de los inspectores municipales y fiscales.

En lo más álgido de una crisis inesperada otra vieja profesión que resurge con la insólita perfección de su invisibilidad y silencio.

Recuerdo desde mi infancia la alusión a loas zurcidoras cada vez que se rompía algún pantalón o chaqueta estimados por nuestras madres. A diferencia de las costureras, las zurcidoras no desempeñaban su cometido a domicilio donde ni siquiera aparecían para recoger la prenda objeto de su posterior manipulación. Su imperceptible actividad era tan misteriosa como la pretendida invisibilidad del resultado. Desde tiempos remotos se hizo evidente la diferenciación entre lo roto, objeto de su especialidad y lo descosido, de fácil reparación doméstica. La terminología se trasvasó desde su particular tejemeneje a lo humano y sirvió para

diferenciar a los varios tipos de los denominados deshechos de tintera. María Moliner, en su famoso diccionario, refiere la expresión “nunca falta un roto – lo peor en la escala humana – para un descosido” (2).

El caso es que como los afiladores, traperos, chatarreros y otra serie de menesteres que habían pasado a mejor vida, también las zurcadoras han reaparecido con ingenio publicitario y promesa de perfeccionamiento insólito pues restañar una tela rota, sin que se note, tiene algo de milagrosa alquimia o de prodigioso logro.

Es muy propio de nuestros connacionales apelar al cielo cuando las cosas se tuercen. Y así numerosas fueron las batallas que se derrotó a la infiel morisma gracias a la intervención del Señor Sant Yago y su famoso caballo blanco. En Clavijo, por ejemplo raro fue el que no lo viera dando sablazos desde su caballo a cuantos musulmanes se pusieran a su alcance.

Los epígonos del escepticismo, base de lo que después se denominaría la antiEspaña, elaboraron esperpénticas coplillas para ilustrar nuestro fracaso anterior en la famosa razzia de Almanzor hasta Compostela. Una de ellas rezaba así :

“Y vinieron los sarracenos y los molieron a palos porque Dios ayuda a los buenos cuando son más que los malos”.

Nada extraño resulta, por lo tanto, que en la actual coyuntura de escasez, los artífices de una tarea imposible, se anuncien ofreciendo un resultado sin rastro a una clientela en penuria incapaz de reponer la prenda averiada.

La zurcidora de marras, haciendo honor a su viejo oficio, lo eleva a categoría divina al tildar su resultado de invisible. De todo lo que existe sólo Dios Padre es invisible. Así nos lo muestra San Juan en su inigualable Evangelio. Y así también lo sintió Moisés cuando subió hasta el Sinaí para parlamentar con Él.

Todo lo demás, para existir, debe adoptar un formato, una apariencia. No es capaz de acogerse a la invisibilidad. El zurcido no puede constituir excepción. Cuando se preconiza publicitariamente su condición de invisible o se está mintiendo – normal en cuestiones propagandísticas – o se está aspirando al absoluto disimulo. Esta es la acepción que utiliza María Moliner cuando indica que “el término invisible se aplica también a ciertas cosas pequeñas o que pueden quedar disimuladas”.

¿Cabe encerrar a nuestros zurcidos en este último concepto? A guisa de ejemplo Moliner se refiere a las “horquillas invisibles”. Pero nada nos dice de los zurcidos.

Una última posibilidad para los artesanos cuyo mensaje callejero estoy analizando sería la del trasvase de la terminología teológica tan común en un país como el nuestro otrora impregnado de religiosidad.

La invisibilidad de una obra que aspira a reparar una rotura en la tela constituiría la perfección absoluta del trabajo. Algo rayano con la divinidad. Algo que existe – la labor del artesano – sin ser visto. Quiera Dios que sea esta, con miras de semejanza en una labor concreta y no de competencia luciferina la verdadera aspiración de nuestro artífice.

Gloria del Señor.

Madrid, 1 de agosto de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Descosido, lo descarriado pero enmendable.